

# Memorias de la batalla (y el saqueo) de Badajoz: Wellington y sus hombres recuerdan

Reseña de: Gallardo Durán, José María, *Abril de 1812. Asedio y captura de Badajoz*, Badajoz, Diputación de Badajoz, 2014, 483 pp.

MANUEL ALVARGONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Universidad Autónoma de Madrid

manualvar92@hotmail.com

Fecha de recepción: 16 de febrero de 2016

Fecha de aceptación: 9 de marzo de 2016

Fecha de publicación: 30 de marzo de 2016

*Revista Historia Autónoma*, 8 (2016), pp. 161-163

e-ISSN: 2254-8726, DOI: 10.15366/rha2016.8



La participación de los británicos en la guerra de la Independencia (1808-1813) siempre ha estado marcada por la polémica. La decisiva aportación de un ejército profesional capaz de dar cobertura a las guerrillas españolas en su guerra contra el francés se vio acompañada de brutales saqueos y acosos a la población civil. A ello se unió la compleja personalidad de *sir* Arthur Wellesley, duque de Wellington, quien se hizo famoso tanto por su talla militar como por su desprecio por las autoridades ibéricas, amén de su oposición a la labor revolucionaria de las Cortes de Cádiz.

La recopilación documental y excelente trabajo de traducción de José María Gallardo Durán permiten detenerse en un momento concreto del conflicto como fue la decisiva toma de Badajoz en abril de 1812, y entender la victoria y los desórdenes provocados inmediatamente después por los propios británicos. La publicación de este trabajo, que reúne los fragmentos correspondientes al asedio de los *Despachos* de Wellington y del *Diario y Memorias* de los oficiales Burgoyne y MacCarthy, nos introduce en la mente de

estos hombres, veteranos de las guerras contra Napoleón, enfrentados a un asedio cargado de dificultades.

Gallardo Durán no se limita a un mero trabajo de selección y traducción, esto sería solo una parte del libro, el cual adquiere verdadero valor por sus significativas anotaciones y anexos. El autor demuestra conocer la bibliografía existente sobre la guerra cuestionándose los grandes mitos de la historiografía británica (como por ejemplo, la supuesta nula aportación española a la victoria final) e indagando en las pequeñas biografías de personajes secundarios que participaron en el asedio. Por supuesto también incluye una breve, pero interesante revisión de la vida del duque de Wellington.

Al exponer las grandes polémicas sobre la guerra uno comienza a leer esta documentación con una serie de preguntas: ¿hizo Wellington todo lo posible para detener los saqueos de sus propios hombres? ¿Cómo podía estar el ejército británico tan descontrolado? ¿Cuál era la relación de Wellington con las autoridades de la Península y con su propio gobierno? El panorama resulta bastante complejo, y resulta ilustrativo añadir el estudio de las recopilaciones de documentos de este calibre a la lectura de los grandes relatos a los que estamos acostumbrados.

Wellington despreciaba a los gobiernos de España y Portugal y a sus ejércitos, sí, pero no son aisladas, en sus cartas a Londres, las muestras de respeto a individualidades peninsulares que combaten con él. También vemos en él una preocupación por evitar las bajas de los civiles y de colaborar en los programas de ayuda a la población organizados desde Inglaterra. Y, por supuesto, vislumbramos al Wellington enemigo de la revolución, en contacto con la Regencia, nunca con las Cortes.

Las cartas de Wellington dirigidas a sus oficiales, al gobierno de Londres y a sus hermanos (uno de ellos, Henry, embajador en España) nos permiten ver sus preocupaciones en un país cuya meteorología parece presentarse siempre adversa, al ser difícil avanzar por los caminos después de las grandes tormentas, que también hacen intransitables los ríos. La recopilación de unos documentos tan personales nos permite empatizar con una figura que en su época resultó tan poco empática como Arthur Wellesley. Un hombre que trata de justificar que todo ejército que pretenda ser efectivo acaba causando molestias en la población que ocupa, y que se siente poco apoyado por los gobiernos de la península. En las cartas de esta época, también es apreciable el enfriamiento de las relaciones con su hermano Henry, que pasa de ser su “querido Henry” a simplemente “Señor”.

Wellington estaba, además, al mando de un ejército compuesto por exconvictos en su mayor parte, muchos de ellos mermados físicamente por los desastres de la guerra en Holanda. Gallardo explica los métodos brutales que se aplicaban en el ejército británico para mantener la disciplina, exponiendo testimonios no solo de los tres grandes protagonistas de la obra, sino de más veteranos del ejército que quedaron especialmente impactados. Badajoz —donde llegó

incluso a levantarse una horca para los saqueadores aunque al final no se utilizase— evidencia lo inútil o incluso contraproducentes que fueron esas penas.

Otro punto fuerte de la obra de Gallardo es su preocupación por estudiar los documentos que está exponiendo. Las censuras con las que se publicaron para evitar manchas de honor y las dificultades para reunir ciertos *despachos* de Wellington cuyas copias originales se habían perdido en parte en España. Gran parte de los *despachos* fueron publicados en vida del duque por el coronel Gurwood, quien no las acompañó de ningún análisis complementario. A pesar de todo, esta ingente documentación es fundamental para conocer mejor las guerras napoleónicas y al vencedor de Waterloo, de hecho, Gallardo hace muy bien en denunciar las escasas traducciones que se han realizado hasta el momento. Hace también un repaso de algunas de las más recientes, a las que crítica su escasa contextualización y sus errores de traducción.

Precisamente Gallardo es antes filólogo que historiador y eso se demuestra en los análisis de estilo que preceden a los fragmentos de las obras de estos tres sujetos, así como en el objeto de las mismas. Wellington tiene la diferenciada voz de un caballero inglés, en contraposición al diarista inmediato Burgoyne o al muy personal MacCarthur. Un ejemplo del buen trabajo con las fuentes.

Es interesante comparar la visión que estos tres hombres tuvieron de la misma batalla. Los informes del duque al gobierno después de la victoria están cargados de elogios al valor de sus hombres combinados con una descripción más técnica de las operaciones. Después de la victoria tenía que seguir por supuesto la promoción social, algo inseparable de la siempre clasista sociedad británica. En cambio en las más explícitas obras de Burgoyne y MacCarthy, nos encontramos con que la dura resistencia francesa de la que habla Wellington se podía expresar de manera mucho más siniestra, con soldados que pierden la cabeza por las balas de cañón y cuerpos totalmente descompuestos por las heridas. MacCarthy es muy descriptivo en sus recuerdos, pero aun así Burgoyne es más chocante con testimonios como: “A eso de las diez al pobre Mulcaster un cañonazo le dio y se le llevó media cabeza. Murió instantáneamente. Nunca hubo mejor camarada ni oficial más prometedor que él”<sup>1</sup>.

Habría que agradecer las constantes notas al pie en las que Gallardo aporta información sobre las medidas sanitarias del ejército británico.

El resultado final es una obra que califico de microhistórica en el buen sentido (cuando el estudio de un acontecimiento concreto te permite un mayor conocimiento del conjunto y sus dinámicas), que expone las grandes faltas del ejército británico en la España napoleónica y sus grandes monstruos internos pero también sus intentos de reformarse. Una pequeña joya imprescindible en el estudio de la guerra de la Independencia.

---

<sup>1</sup> Gallardo Durán, José María, *Abril de 1812. Asedio y captura de Badajoz*, Badajoz, Diputación de Badajoz, 2014, p. 229.